

«Galería» a modestos epígonos madrileños: los Cornuty, Sawa, Barrantes, Gálvez...<sup>16</sup>

<sup>bis</sup> Lo que a Baroja interesa, desde su desdén por los gestos del hombre de letras, desde su aversión por los arribistas, los buscadores de honores y prebendas, los pagados de sí mismos, los hinchados por el prestigio oficial, son las «personalidades», las gentes con individualidad, más o menos extravagantes: esos son sus «raros». «Mas para mi tío —recuerda Caro— lo principal no eran ya los libros, ni los pueblos, ni las regiones, ni las naciones, ni las ideas: lo principal eran las personas, los individuos, hombres o mujeres como tales. Lo mismo le daba que fueran ricos que pobres, cultas o incultas. La cuestión era que tuvieran algún rasgo enérgico o característico. Y era maestro en encontrarlos o destacarlos en el lugar más insignificante en apariencia. Vera fue el laboratorio donde yo le vi moverse mejor, ante una serie de individuos que, desde luego, llamaban la atención, incluso al que no era novelista ni literato. Los personajes estaban. El autor también. No necesitaban ir a buscarle, aunque es cierto que a última hora mi tío se encontró rodeado de personajes barojianos. Unos parecían decirle: «Somos tus hijos, tú nos has formado tal como somos, porque de leerte hemos salido así justo es que ahora nos atiendas». Otros, en cambio, parecían responder a este pensamiento: «Ya es hora de que me incluyas en tus novelas»<sup>17</sup>. La «Galería» barojiana no abunda así en grandes personajes. Don Pío era liberal a la antigua: «Aborrecía las instituciones fundadas con intención de intervenir en la conciencia individual o de someterla, fuera el que fuese su signo, lo mismo los del partido socialista que los de la extrema derecha. Sentía también antipatía profunda por las personas bien situadas dentro de una sociedad organizada burocráticamente y su simpatía por el anarquismo se fundó en este rasgo de su temperamento. Soñaba con lo imposible: con una sociedad en que los méritos individuales fueran los únicos reconocidos. Y por eso siendo liberal y hasta anarquista de temperamento profesaba el culto a los grandes hombres».<sup>18</sup> A los que él consideraba verdaderamente grandes, naturalmente. La obra de Baroja rebosa, en cambio, personajes «raros», socialmente irrelevantes, incluso absurdos, siempre interesantes, no siempre vistos con simpatía, tratados a veces con cierto despego. Con el título de una narración de Ricardo Baroja, de ellos puede decirse que «Pasan y se van»: «Unas sombras pasan por paisajes fríos y severos. Esto es cuanto ocurre en la vida. Podría decirse, en suma, que esta es también la esencia del «barojianismo»<sup>19</sup>. De muchos «raros» barojianos nos conmueve hoy su soledad y, pícaros a veces, su ingenuidad, su candidez última. De entre ellos, ¿cómo no sentir un vivo afecto, también lo sintió don Pío, por el «peregrino escritor» don Ciro Bayo y Seguro? El gran novelista soñaba, lo hemos dicho ya, con una sociedad liberal, con un liberalismo basado en una libertad de conciencia individual, que había sido aplastada en el siglo XX. Lo que le preocupaba en sus últimos años era «pensar si Europa saldrá de su atolladero y si se

<sup>16 bis</sup> Cfr. F. C. Sainz de Robles: «La Promoción de El Cuento Semanal (1907-1925) (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)». Madrid, 1975; y Raros y olvidados, Madrid, 1971, p. 142.

<sup>17</sup> J. Caro Baroja, op. cit., pp. 78-79.

<sup>18</sup> J. Caro Baroja: Del país: familia y maestros. San Sebastián, 1976, p. 142.

<sup>19</sup> Ibid., p. 235.

podrá ir y venir como antes, hablar y pensar sin obstáculos como hace años». <sup>20</sup> Era pesimista. Sus sueños se fueron alejando. Permaneció atento a los esfuerzos, a los proyectos de las gentes humildes: «Lo rico, lo fácil, lo aparatoso no le atraía. Pero un esfuerzo hecho en medio de la adversidad o de la pobreza era algo que le encantaba», mas advertía que el mundo se hacía crecientemente chabacano, chato y vulgar. Y sus personajes, los tipos «raros», iban desapareciendo.

Los «raros» de don Pío están, es evidente, más cerca de los de Carande que de los de Rubén. Cercanos también a don Ramón, los entrañables que poblaron el mundo segoviano de Antonio Machado. <sup>21</sup> Y entre don Pío y Carande, los «raros» de Caro Baroja. Hombres sencillos unos, acreedores de excepcional relieve otros. Todos de personalidad singular, acusada: los de la tertulia de Ruiz de Alarcón, don Juan Menéndez, Aranzadi, Barandiarán, Azkúe... Caro hace un comentario, al referirse a un «raro» por derecho propio, su abuelo don Serafín, que merece destacarse, por cuanto ayuda a entender la especie: «Pasó por los puestos más propios para enriquecerse con la profesión, como podría ser el de ingeniero jefe de minas en el Bilbao finisecular y la tentación resbaló sobre él. Pienso, a veces, que en su caso y en el de otros colegas suyos más famosos, como don Lucas Mallada, la excentricidad fue un sistema defensivo en gran parte: para defenderse de intentos de soborno, de corrupción, de participación en negocios turbios, como eran muchas veces los de las minas. «Don Fulano es un sabio, pero está chala»; «¡Cuántos hombres habrán salvado su integridad gracias a esta frase estereotipada!». <sup>22</sup>

Y al final de este itinerario, y no sin dedicar un cálido recuerdo a otros, ejemplares, arquetípicos, Cejador <sup>23</sup>, Carlos Rubio <sup>24</sup>... llegamos a los «raros» de Carande, a los que pueblan su *Galería*, pues el destacado relieve público de algunos de los biografiados por don Ramón: Gómez Moreno, Azcárate, Tormo <sup>25</sup>... los excluye. Muy distintos a los de Rubén, aunque se asemejan en una cierta probidad, pueden definirse, sin embargo, con una frase de Ibsen, en *Los guerreros de Helgeland*, que recoge el propio poeta: «Se está a solas contigo, y te asemejas a los raros a quienes voluntariamente se escogería por amigos». Bien, aquí está. Próximos en su sencillez a los barojianos, vecinos ya a los de Caro, los «raros» de Carande han sido escogidos, subrayemos la frase, por amigos. Se trata, pues, de amigos, de amigos admirados. Aun más, de acreedores.

En un prólogo a *Galería de raros* publicado en 1968, y no incluido, finalmente, en el libro, nos habla así el propio don Ramón para darnos cuenta de su propósito de «traer a escena la efigie de unas cuantas personas que, recatadas siempre, no quisieron ponerse ante las candilejas y, sin embargo, o acaso también por ser evasivas, me causaron sorpresa, asombro, respeto, y les debo gratitud». Y los define: «Casi ninguno de ellos, y así se confirma su rareza, pretendió puestos visibles en la esfera oficial, ni en

<sup>20</sup> P. Baroja: Desde la última vuelta del camino... p. 288.

<sup>21</sup> Cfr. M. Cardenal de Iracheta: Comentarios y recuerdos. Madrid, 1972, pp. 253 y ss.

<sup>22</sup> J. Caro Baroja: Los Baroja... pp. 51-52.

<sup>23</sup> Cfr. J. Cejador y Frauca: Recuerdos de mi vida (Obra póstuma). Prólogo de R. Pérez de Ayala. Madrid, 1927.

<sup>24</sup> Cfr. Azorín: España. Hombres y paisajes. Madrid, 1909, pp. 57-61.

<sup>25</sup> R. Carande: Personas, libros y lugares. Valladolid, 1982.

lugares de primera línea; rehuyeron la publicidad, procuraron pasar inadvertidos; fueron casi todos gente esquiva; ni figurantes, ni figurones. Difícil sería, salvadas un par de excepciones, encontrar su rastro en la prensa diaria, ni en letra impresa alguna. Tan sólo en la memoria de unos pocos supervivientes queda en relieve su imagen, y en nuestro oído todavía resuena su voz. Diríase que los encontramos como esas viejas fotografías de seres fugitivos que, de pronto, desaparecen (...) la mayoría de nuestros raros repudiaba los gajes de la fama creyendo que podría desviarles de su deseo de encontrar la verdad, y que el uso del poder les impondría responsabilidad sin disfrutar independencia». Pertenecientes estos «raros» a distintas familias, predominan en ellos los ágrafos. Y es que la actitud, el estilo vital de estos personajes es lo que realmente importa: «Cuando no es la luz de su inteligencia lo verdaderamente raro (y así ocurre en algún caso), lucen otros rasgos no compartidos por la generalidad de los mortales. Y si, en los que no pusieron la pluma a prueba son excepcionales sus cualidades humanas, también en aquellos que dejaron escritos escondidos, inéditos o impresos supera a la calidad (desconocida) de éstos la impresionante talla del sujeto».<sup>26</sup> Los «raros» de Carande, sus «acreedores» son quince. De profesiones varias, o sin profesión bien definida, hay funcionarios, poetas, un labrador, un alto jefe militar, una jerarquía eclesiástica, una historiadora norteamericana y «un extraño personaje —José María Soltura— cuya función social en la vida española no fue otra que la de aceptar o rechazar los frutos del cercado ajeno, prestando ayuda y consejo a su entorno humano». A la vez que reconstruye el clima de una época, Carande con su libro, consigue salvar a unos personajes valiosos por su bondad, por su inteligencia, por su entrega a la cultura, por su persecución de la verdad científica o histórica, en suma, por su «defensa de los valores humanos bajo la especie de autenticidad» (Pérez Delgado), de un olvido que nos empobrecía a todos.

*Galería de raros* es, sin embargo, algo más que un espléndido conjunto de retratos. He dicho antes que nos da también un cierto clima de época. Hay que agregar que a través de unos personajes se dibujan los complejos trazos de una sociedad, frecuentemente descalificada, pienso que con cierta ligereza, con la lapidaria frase: «Oligarquía y caciquismo». Oligarcas y caciques los hubo, por supuesto, pero cabe pensar desde nuestra experiencia presente, si todo funcionó tan mal entonces. No cabe duda que Rodríguez de la Borbolla, cacique sevillano cuya figura pasa por las páginas de Carande, admite ventajoso parangón con no pocos oligarcas nuevos, oportunistas pasados por Althusser o Gramsci. No se trata, por cierto, de magnificar nostálgicamente el pasado. Sí parece conveniente aunar la crítica. Nadie quizá la haya hecho con la conmovedora dureza de un Azorín, con el respeto por la modernización que entonces se produjo y que alcanzó logros notables, en la línea que precisamente, propugnaba el mismo Azorín: «Sí; el esplendor, la vitalidad, la solidez de un país no pueden ser resultado más que del trabajo y de la ciencia. Ciencia y trabajo, he aquí en dos palabras, para los nuevos españoles, todo un programa»;<sup>27</sup> con el aprecio también por ciertos valores de un mundo tradicional al que tan sensibles fueron los hombres del 98, o el propio don Ramón Carande: el sentido de la solidaridad, el valor de lo religioso... Es la integración de tradición

<sup>26</sup> R. Carande: *Prólogo a Galería de raros*. Insula, 263 (octubre, 1968).

<sup>27</sup> Cit. por R. Carande: *Galería...* p. 344.